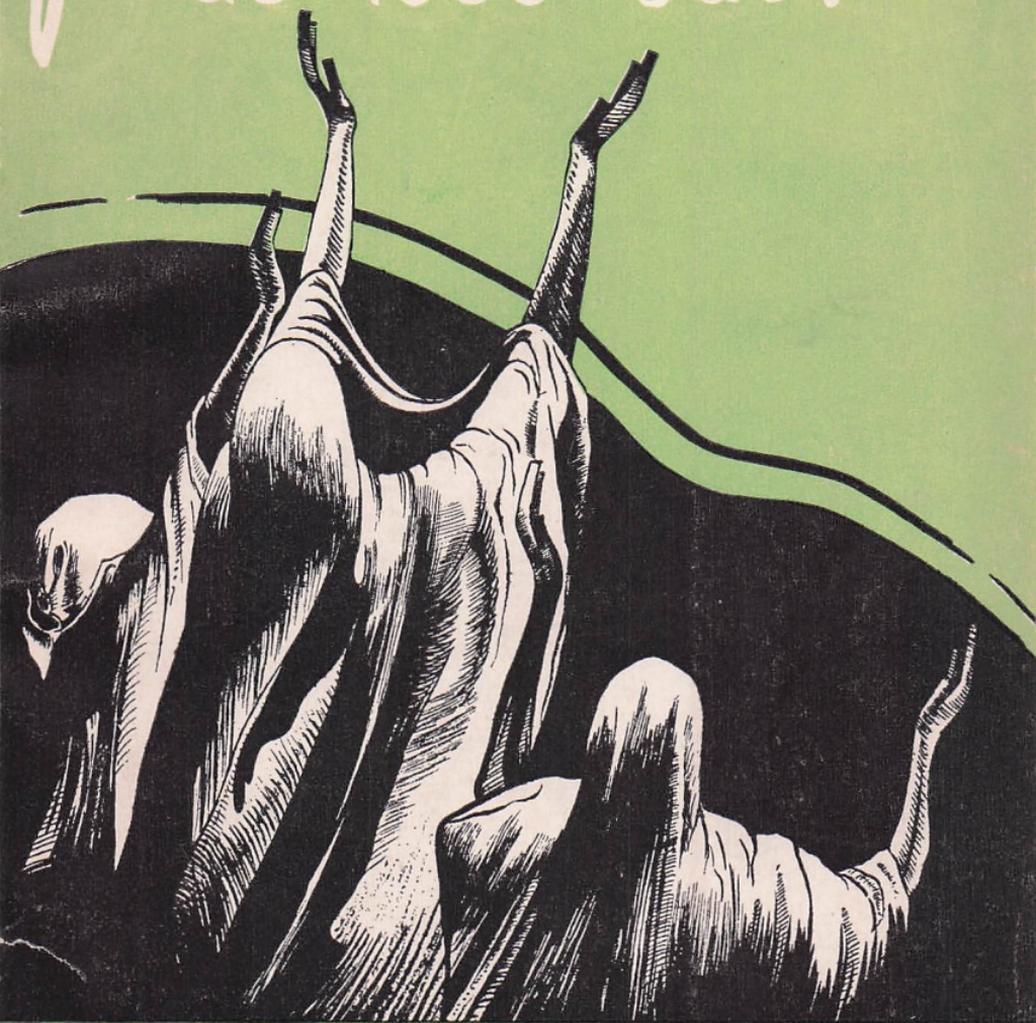


JOSE MARIA VIDAL S.D.B.

pullulenti
de loco suo!



DEL ARBOL SALESIANO

JOSE MARIA VIDAL, S. D. B.

DEL ARBOL SALESIANO
CLERIGOS Y COADJUTORES
Inspección San José
Uruguay

Púllulent de loco suo

Reverdezan en su tumba) Eccli. 46,14.

Pro manuscripto

EDITORIAL DON BOSCO
SERIE "VIDA SALESIANA"

MONTEVIDEO

1 9 5 5

P R O L O G O

Los que hemos sido agraciados con el dón divino de la fe no lloramos a nuestros finados a la manera de "los que no tienen esperanza", según se expresa el Apóstol (Thess. 4, 13): sabemos que los que han servido al Señor viven eternamente, porque, como dijo el Maestro, "Dios no es Dios de muertos sino de vivos" (Mt. 22, 12).

Pero además del consuelo de esta creencia en la inmortalidad, yo, (no sé si les pasa lo mismo a los demás), he sentido siempre la necesidad imperiosa de seguir teniendo de algún modo a la vista a las personas con quienes he estado en relación a través de mis ya largos años. ¡Cuántas y cuántas veces me encuentro a mí mismo ab-sorto evocando los días de mi niñez en el hogar paterno! ¡Cuántas veces sueño despierto hallarme en el comedor de aquella casona, de la cual conservo en mi escritorio una musgosa piedra, como objeto de afectuoso culto, que venero como una reliquia bendita. En medio de la mesa, sobre blanco soporte octagonal de madera, descansa la lámpara de petróleo, y a su luz contemplo el rostro amorosamente severo de mi padre, el encanto de la sonrisa de mi madre, la noble faz orlada de encanecida barba de mi abuelo, los semblantes de las demás personas mayores, las alegres caritas y las miradas

brillantes de mis numerosos hermanitos; y distingo los movimientos y escucho la conversación de todo el grupo familiar, que, disperso ahora por la vida y por la muerte, vuelve a congregarse y estar presente por la magia del recuerdo.

¡Cuán a menudo, gracias a este singular espejismo, retrocedo desde la realidad de ésta mi cansada vejez hasta la remota época del colegio y me veo en medio de mis compañeros de entonces. ¡Ellos son! Los reconozco a todos, a todos, por sus facciones, por sus modalidades, hasta por los trajes que solían llevar. Entablamos aquellas charlas desaprensivas y bulliciosas, y nos entregamos a aquellas diversiones alborozadas e inocentes. ¡Qué sugestión admirable y vivificadora!

Con no menor frecuencia revivo esta comunicación cordial con mis hermanos de religión en esta Inspectoría. A todos los Salesianos a que se hace referencia en este breve escrito los he conocido de vista y por trato, con las dos únicas excepciones de los clérigos Sebastián Bussa, que vivió muy corto tiempo entre nosotros, y de Vicente Giordani, a quien se diría que Dios nos envió por breves horas para que nos edificara con el ejemplo de su preciosa muerte.

De los demás recuerdo perfectamente, ¿qué digo recuerdo? estoy percibiendo con suma nitidez los rasgos fisonómicos, el color de los ojos, el metal de la voz, el porte de la persona, las peculiaridades del carácter, del modo de ser, de las virtudes que practicaron a fuer de genuinos hijos de Don Bosco. A que todos los vean con parecida viveza es a lo que aspiro en este somero bosquejo de cada uno. El Necrologio Salesiano, al irnos pronunciando sucesivamente los nombres de estos nuestros finados al fin de la lectura de la noche en el refectorio, concluye "De estos y de los demás Hermanos difuntos hagamos fraterna memoria con aplicación de indulgencias y de otros piadosos sufragios". ¡Santa y con-

movedora invitación, hija de la más exquisita caridad! Pero no nos contentemos con responder a ella. Tratemos además de que todos estos Hermanos púllulent de loco suo, reverdezcan en su tumba, convivan de nuevo con nosotros, integren nuestra comunidad con su activa presencia, y con sus palabras y ejemplos nos ayuden a conservar y aumentar la inapreciable herencia dejada a su espiritual familia por nuestro Padre San Juan Bosco.

Esta reseña constará de tres series:

- I Clérigos y Coadjutores;*
- II Obispos, Inspectores y Directores;*
- III Sacerdotes.*

Montevideo, 24 de Mayo de 1955.

P. JOSE M. VIDAL

I

CLERIGOS Y COADJUTORES

SEBASTIAN BUSSA

1869 - 1889

Es el primer clérigo y el segundo Salesiano que nuestra Inspectoría envió al cielo.

No me cupo la suerte de conocerlo personalmente; pero cuando, en el año 1891, ingresé en la Casa de Formación de Las Piedras, su nombre y fama de su virtud llenaban el ambiente. Encargado de la asistencia del núcleo de aspirantes y novicios que se comenzaba a formar en aquel Colegio de San Isidro, se consagró con alma y vida a tan delicado ministerio.

Hubo quienes, en tono de censura, dijeron de él que, creyéndose dueño absoluto de la situación, se había arrogado las atribuciones de un verdadero maestro de novicios. Puede que algo de eso haya habido en realidad. Pero en su descargo valedero cabe alegar que se

trataba de un muchacho de menos de veinte años, en cuyas manos los demás miembros de la comunidad, apremiados por otras atenciones, de buena gana abandonaban sin reserva el cuidado de aquellos principiantes. Por otra parte, cuantos lo trataron de cerca, incluso los menos pródigos en tributarle alabanzas, estuvieron siempre contestes en reconocerlo por modelo de observancia religiosa, de buena voluntad y rectitud de intención, de pureza de vida, de piedad y fervor, de celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.

Y la muerte, que es la más segura piedra de toque de la vida, vino a confirmar irrefragablemente este unánime juicio. Vuelto a Italia, ya en extremo desmejorado, a fines de 1889, el 12 de septiembre del mismo año, en la enfermería de Valsállice, después de haber recibido con envidiables disposiciones los últimos sacramentos, se incorporó de pronto en su lecho de enfermedad y exclamó con el rostro radiante: “¡Ahí está! ¡Ahí está!” Y tendiendo los brazos añadió: ¡Oh gracias! ¡Cuán grande es vuestra bondad! ¡Ya voy, ya voy, Madre dulcísima!”

Y se durmió en el Señor.

GREGORIO RIVERO

1880 - 1901

Lo dió a nuestra Congregación una familia patriarcal de Monzón. (Soriano).

Bastaba verlo para recordar aquel versículo del Libro de la *Sabiduría* (8, 19): “Era yo un niño de excelente natural, que recibió en suerte una alma buena.” Su sana jovialidad, sus prendas morales, su claro ingenio, su dedicación al estudio presagiaban en él una lumbrera de nuestra Comunidad.

Pero Dios en sus inescrutables designios lo tenía señalado con el sello de esas almas elegidas que, después de brillar breves días entre sus hermanos de profesión,

han de ir a interceder por ellos entre los bienaventurados comprensosres.

Murió santamente en el Manga el 11 de agosto de 1901.

NICOLAS SOLIMANO

1879 - 1911

La muerte trágica de un semejante siempre consterna nuestro ánimo. Pero considerada más despacio, a la luz de la fe, cuando se trata de un cristiano temeroso de Dios, alcanzamos a ver en ella un medio providencial de que se vale la Bondad infinita para trasladarlo instantáneamente de las penas de este destierro a las delicias de la patria. Es exactamente lo que aconteció en el teologado del Manga el 19 de Julio de 1911, en el caso del clérigo Nicolás Solimano. Cuando pasada la hora de inevitable dolorosa sorpresa, llegó nuestro Inspector, el inolvidable Padre Gamba, experimentó, nos decía, inmenso consuelo al percibir flotando en el aire la más suave conformidad con los designios del Altísimo, hija de la convicción general de que aquella alma elegida gozaba ya de la felicidad del paraíso.

Este ejemplar Hermano nació el 20 de Agosto de 1879 en Camogli Lígure (Italia) y vino muy niño con su familia a nuestra ciudad de Mercedes. Halló en su cristiano hogar ambiente propicio para aquella inocencia que conservó a través de su vida y que tan visiblemente se transparentaba de su persona.

Temprano sintió el llamamiento a vida más perfecta; pero, aunque frecuentó nuestras clases desde 1893, hasta el 1900 no logró remover los obstáculos opuestos a su vocación.

Desde el principio todos reconocieron en él a uno de esos privilegiados de la naturaleza y de la gracia de quienes se diría que no pecaron en Adán; que sin esfuerzo aparente (aunque muy vivo y tenaz en lo interior)

practican todas las virtudes. Amable, risueño, paciente, servicial, amigo a lo angel de la guarda, humilde por convicción, verdadero hijo de obediencia, de acendrada piedad, heroicamente resuelto a vencer las muchas dificultades que, según me lo repitió el día mismo de su muerte, le presentaba el estudio, en el que veía un instrumento inestimable de apostolado. Incansable además en los trabajos manuales, en los que se desempeñaba con maestría desde la confección de caramelos y bizcochos hasta la fabricación de aparatos mecánicos. Y precisamente uno de éstos, obra suya, que él examinaba en aquel momento, fué el que, haciendo explosión truncó sin testigos su existencia terrenal.

“¡Un santo más!”, fué la expresión que corrió unísona por toda la casa. Y no cabe duda de que, a incoarse jurídicamente la causa de este Hermano nuestro, no hubiera habido entre sus compañeros y superiores uno solo que no la ratificara ante el tribunal competente.

RAFAEL FIORENTINO

1894 - 1918

El mar, siempre aleve (¡cuidado con él!), sepultó en pocos instantes en sus olas las grandes esperanzas que se fundaban en el talento, en la virtud y en la actividad del buen clérigo Rafael Fiorentino, de solo 24 años.

JUAN MONTIEL

1901 - 1922

“En esto, escribe San Juan (I, J. 3.16) hemos conocido la caridad de Jesús: en que dió su vida por nosotros; y nosotros debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos.” Este programa heroico resume la corta existencia de nuestro clérigo Juan Montiel, cuyas excelentes cualidades y disposiciones tanto bien presagiaban.

Viendo en peligro a un alumno que se había arrojado al agua para salvar a un compañero, se lanzó tras él y con él pereció, aunque después de haber rescatado al que había ocasionado aquel acto de conmovedora amistad y abnegación.

¿No basta este sublime sacrificio para proclamar que este hijo de Don Bosco en el breve espacio de sus veintiún años acumuló el mérito de una larguísima vida? (Sap. 4, 13).

OTROS CLERIGOS

También vive en bendición la memoria de los clérigos a continuación mencionados: *Vicente Giordani* († el I-XII-1898), que llegó de Mato Grosso con un hilo de vida, y en el mismo día entregó su alma a Dios en el Colegio Pío; *Antonio Galli* († el 30-V-1919), que al encomendarse en el último trance a María Auxiliadora, resumía los fundamentos de su filial confianza en esta consoladora expresión: “Es nuestra Madre y con ello está dicho todo”. Algunos de los presentes quedaron con la suave impresión de que había sido favorecido con la suave aparición de la Virgen; *Marcos Portillo* († el 24-II-1923), paraguayo que acrisoló su alma abrazando con admirable espíritu de sacrificio la cruz de su dolorosísima enfermedad; *Carlos Trucco* († el 16-I-1926); *Juan Antonio Díaz* († el 2-XI-1935); *Ramón Pesce* († el 20-IX-1945).

DON CARMELO BARILLARI (1)

1838 - 1897

Era un escultor insigne. Llegó al Colegio Pío el 4 de Febrero de 1892 empujando el carrito de manos en que trasportaba las herramientas de su arte, en que iban su escalpelo y su gubia, que labraban maravillas en la madera. Ahí están para atestiguarlo perennemente el

(1) Grafía de este apellido en su firma del Acta de Profesión.

púlpito y los bancos del santuario nacional de María Auxiliadora en Villa Colón, última obra suya, interrumpida por la muerte.

Era además Don Carmelo un hombre de cultura superior a su condición. Lector asiduo, atento e inteligente del Evangelio, poseía de él un conocimiento no común.

Uno de nuestros predicadores atribuyó a San Pablo en una plática aquel texto: "Cuando hiciereis estas cosas que os están mandadas, decid: —Somos siervos inútiles: lo que teníamos que hacer, eso hicimos."— Don Carmelo lo esperó a la salida de la iglesia, y le advirtió: "San Pablo lo habrá dicho por haberlo leído en San Lucas". (Lc. 17, 10). Después de las conferencias reglamentarias que daba al personal de la Casa el Director, solía invitar a nuestro Hermano a recitar algunas octavas de *La Jerusalén Libertada del Tasso*, de las cuales sabía de memoria largas tiradas. Hacíalo él con mucho sentido y exquisito gusto.

Y finalmente, y por sobre todo, era Don Carmelo un varón de Dios, de alta oración, de profundo espíritu de piedad, de solidísima virtud, la cual en muy breve tiempo se adaptó por completo a la forma salesiana.

El 27 de Diciembre de 1897, que era Domingo, pasó de mañana Don Carmelo por el patio en que yo asistía a la división de los aspirantes menores. Le rodeamos cariñosamente como de costumbre, y él se detuvo un rato complacido en nuestra compañía. Pero yo lo noté muy pálido, y aun creo que se lo indiqué a alguien. Al mediodía se dirigió con la comunidad al refectorio y ocupó su asiento frente al P. Director. De pronto se inclinó a un lado y dió pesadamente consigo en el suelo. Ya no volvió en sí de aquel ataque fulmíneo, y al atardecer dejó la tierra por el cielo. Había nacido en Serra San Bruno (Cosenza) en 1838 y tenía por consiguiente 59 años.

ALFONSO PEREDA

1879 - 1900

Naturalmente, los primeros Hermanos Coadjutores de nuestra Inspectoría vinieron de Europa. Pero luego nuestra tierra uruguaya, al par que numerosos sacerdotes, también dió a nuestra Congregación un escogido grupo de estos Hermanos, varios de los cuales ya forman corona en el cielo a nuestro Padre y Fundador. Fué el más joven de todos ellos Alfonso Pereda. Nacido en Trinidad (Flores), vino en 1898, en calidad de carpintero, a los Talleres de Don Bosco, y profesó el año 1900, en su lecho de muerte. Nosotros, que leemos en la Introducción a nuestras Reglas: "El acto de la emisión de los votos, como nos enseña Santo Tomás, nos devuelve la inocencia bautismal", ¡cómo no hemos de envidiar santamente a este nuestro Hermano, en quien por otra parte su familia religiosa tenía fundadas tan halagueñas esperanzas!

DON JUAN CRUZ EPALZA

(1830 - 1902)

Este Hermano, nacido en un cristiano hogar del país vasco, también anduvo largos años recorriendo, con el tesoro de su fe celosamente guardado en el corazón, diversos puntos de la tierra, hasta que en 1886, surgió en su camino la Casa solariega de Don Bosco en esta Inspectoría, el Colegio Pío de Villa Colón. En ella inició su vida salesiana, y de allí partió en breve para Paysandú.

Si declaramos que este religioso fué por quince años consecutivos un dechado de sacristanes, un incomparable guardián de la casa de Dios en la iglesia parroquial de aquella población, decimos sólo una partecita

de la verdad. Porque cuantos alcanzaron a conocerle saben que Don Juan fué además un catequista y un apóstol, un ángel custodio de todos los niños que frecuentábamos la iglesia, un modelo acabado de las más sólidas virtudes.

Jamás desaprovechaba la oportunidad de decir una buena palabra, de dar un consejo saludable, de enseñar o recordar una verdad a quienes se le acercaban. Una distinguida señora, que visitaba por primera vez a Paysandú, al entrar en el templo vió a nuestro Coadjutor ocupado en barrer el atrio. El la miró y la saludó, pero no conociéndola, trazó un plan, según luego se puso en claro. Cuando, terminadas sus devociones, salió la dama, el sacristán le preguntó cortésmente: “¿Es usted persona de iglesia?” Ella, por calarlo, le respondió: “Tengo mi residencia en el campo, y no me es posible venir a menudo.”. Entonces aquel hombre, con la escoba debajo del brazo, le dió, en muy mal castellano, eso sí, una eficaz lección de catecismo. El episodio me lo refirió, llena de asombro y edificación, la propia dama, de inolvidable actuación en nuestro movimiento católico.

¡Con qué viva fe contemplaba en los pequeños a los amigos predilectos de Jesús! ¡Cuántas veces después de ayudarme la misa me decía en su deshilvanado lenguaje: “¡Dios!.. Antes, chiquitos... travesuras en sacristía... Ahora sacerdotes... yo ayudando misa... Una cosa aquí adentro... ¡Oh! ¡Oh! Y se apretaba el corazón, y levantaba al cielo los ojos arrasados en lágrimas.

En aquella iglesia parroquial tomó grandes creces la devoción del viacrucis gracias a Don Juan. El, que solía recorrer las estaciones varias veces al día, siempre, al terminar la función vespertina, agitaba frente al público su pañuelo blanco. A esta señal se agrupaba una buena cantidad de personas, que le acompañaban a considerar la pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

En la enfermedad es donde como nunca se pone de manifiesto el interior de un hombre. Don Juan Cruz

hubo de sujetarse a una intervención quirúrgica en una rodilla. La operación había de ser en extremo dolorosa, y naturalmente el facultativo habló de anestesiarle. No hubo forma. El, empuñando un crucifijo, exclamó: “¡Este basta!” Y cuando arreciaba el dolor al desprenderse los fragmentos de hueso, el paciente, inmóvil, decía: “¡Martillazos de Jesús!”

La misma fuerza moral mostró en su última dolencia. Cuando al visitarlo le decíamos: “¡Valor, Don Juan!” él sacaba de entre las ropas la mano con el Cristo, y respondía: “¡Hay!”

Expiró santamente en mis propios brazos el 11 de Enero de 1902, a las cinco de la mañana. La noticia corrió como por un reguero de pólvora por la ciudad, que se agolpó al punto en nuestra casa. Todos los órganos de la prensa publicaron espontáneamente el elogio del humilde sacristán, cuyo entierro logró un cortejo semejante al de un insigne personaje.

DON JUAN DEMAESTRI (1)

1836 - 1902

Este Coadjutor de Albenga (Liguria), encontró su vocación definitiva a los cincuenta años de edad, en 1886, año en que se acogió a nuestra Casa de Villa Colón. Todavía tardó cuatro años en hacer la profesión religiosa (1890). Yo, de niño, lo conocí en Paysandú en 1888, por consiguiente no salesiano todavía. Recuerdo nítidamente haberle visto chupar con fruición su *toscano*, y pienso ahora: estos Coadjutores nuestros que ya de edad madura abandonaron el mundo, en el que, por hábito inveterado, durante el trabajo y en las horas.

(1) Grafía de la firma del Acta de Profesión.

de vagar saboreaban con delicia su cigarro ¡qué ejemplo admirable no dan a la Congregación renunciando de por vida a una costumbre que ya parecía segunda naturaleza! Don Juan ejerció al principio entre nosotros su antiguo oficio de agricultor, pero después fué constantemente *Don Juan el Cocinero*. Y se me ocurre una reflexión: ¡Qué motivo de celo de nuestra propia santificación y de la del prójimo para nosotros, los sacerdotes, el considerar que somos “ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios (I Cor. 4, 1)”! Pero también ¡qué soberano incentivo para nuestros Hermanos legos el recuerdo y la certidumbre de que sus ocupaciones fueron ejercitadas por Jesús, el divino artesano, el carpintero, el empleado en los quehaceres domésticos, y, lo que ahora hace el caso, probablemente aun en los de la cocina! Por lo pronto el Evangelio nos dice expresamente que cuando, a raíz de la segunda pesca milagrosa, los Apóstoles bajaron a tierra, “vieron unas brasas, y un pez puesto sobre ellas, y pan” (J. 21, 9) Era el desayuno que Jesús, la única persona allí presente, les había preparado después del tráfago de la noche.

Don Juan, siempre alegre, siempre laborioso, siempre solícito en complacer a la comunidad, llegó a los 66 años, y pasó a mejor vida el 9 de junio de 1902. Se estilaba en aquella época que el sacerdote que daba la bendición con el Smo. Sacramento, al poner el incienso en el turíbulo, dijese en voz alta: “Recemos un padre nuestro, avemaría y gloria por la conversión de los pecadores”. O por otro fin. Pues bien, aquella tarde el P. Cirilo Díaz Ramírez, Director entonces del finado, dijo: “Un padrenuestro, etc. por el alma de Don Juan”. Y agregó dirigiéndose a los fieles: “¿Saben ustedes quién es Don Juan? Pues nuestro Hermano cocinero, que acaba de expirar.”

DON PEDRO PASTORINO

1869 - 1902

El que hubiera visto a este Hermano entregado con afán rayano en el apasionamiento a las faenas agrícolas, habría podido imaginar: “Este es un siervo de la gleba, para el cual no existe más aspiración que la de cultivar diligentemente la tierra y hacerle rendir su producción total”. Mas quien lo siguiera de cerca se vencería de que cabía aplicarle lo que se lee en el Oficio de San Isidro Labrador, en cuya parroquia de Las Piedras había nacido él en 1869: “*Colendis agris conductus, brevi magnarum sibi virtutum ubérriman ségetem paravit*: “Empleado en el cultivo de los campos, en breve cosechó una abundantísima mies de grandes virtudes” Cuando en 1892, a los 23 años, entró en la Congregación, fué enviado primero al Colegio del Sagrado Corazón de Jesús de Montevideo (Calle Mercedes) y luego a los Talleres de Don Bosco. En ambas casas cumplió con religiosa puntualidad, con espíritu de fe, con santa alegría las obediencias que se le impusieron. Mas destinado en 1898 a la naciente Escuela Agrícola del Manga, podría decirse que a Don Pedro, de familia de antiguos y expertos agricultores, se le ensancharon los pulmones al contacto de aquel ambiente, que había respirado desde la niñez. ¡Con qué indecible fruición plantó aquellos primeros viñedos, aquellas filas de duraznos, aquellas sandías de corazón rojo que en las vacaciones repartía a los aspirantes que llegaban de Las Piedras! Pastorino estaba en su paraíso terrenal; pero, según ya lo hemos insinuado, no olvidó por éste, como Adán y Eva, el celestial, sino que, a la par, fué cultivando asiduamente su alma para que diera frutos de vida eterna. Cargado de ellos se presentó al dueño de la viña a la edad de 33 años, el 23 de setiembre de 1902.

DON JOSE BASSINO

1849 - 1903

¿Quién les hubiera dicho a los que andando el tiempo fueron los Apóstoles la misión que los designios de lo alto les tenían reservada? Israelitas temerosos de Dios, no soñaban sin embargo en este mundo con otro porvenir que con el de continuar ganándose honradamente la vida con la dura faena que les había cabido en suerte por herencia y tradición de familia. Pero de pronto el llamamiento divino los decide a dejarlo todo para seguir de cerca a Nuestro Señor Jesucristo y convertirse en instrumentos y ministros de su obra.

Un gran parecido con estos discípulos inmediatos del Señor he hallado siempre en muchos de nuestros Hermanos Coadjutores. Cristianos ejemplares sin más programa que el de vivir siempre como tales en el ejercicio de la profesión o actividad heredadas de sus mayores, oyen un día la oferta de “pan, trabajo y paraíso” que les hace Don Bosco, y al punto dan un adiós al siglo y se ponen sin reserva en manos del Santo para ser sus hijos y colaboradores.

Uno de estos admirables religiosos fué nuestro Don José Bassino. Nació en Chivasso (Piamonte) en 1849, y hasta la edad de veinticinco años se empleó a par de los suyos en el cultivo de la tierra. El 1º de Junio de 1874 le recibió nuestro Padre y Fundador en el Oratorio de Turín, y en 1879 le envió (inestimable regalo) a Villa Colón, donde fué el hombre del Padre Lasagna en la plantación de aquella primera viña, que resultaba poco menos que una novedad en la República.

Bastaba ver una vez para no olvidarlo más a aquel hombre menudo, de pocas palabras, sazoadas por la más exquisita caridad, siempre igual a sí mismo, dispuesto a cualquier ocupación que se ofreciese, pronto, con bueno y mal tiempo, a guiar aquel célebre coche

del Colegio Pío, edificadamente fiel a sus prácticas de piedad.

El inolvidable P. Peruzzo me decía: "Si alguna vez escribes de nuestros Hermanos Coadjutores, no te vayas a olvidar de encarecer que Dios había enriquecido a Bassino con el dón de consejo. ¡Cuánto bien hizo en este sentido! Alguno de nuestros grandes Superiores de hoy le debe agradecer su perseverancia en la vocación.

Expiró santamente el 26 de Octubre de 1903.

DON VALENTIN GOTTARDI

1864 - 1905

Nació en Magasa (Trento) y después de haber trabajado hasta los 30 años en el oficio de tejedor, dejó los telares, como los Apóstoles las redes, para seguir los pasos del divino Maestro. Hecha la profesión religiosa en San Benigno Canavés, se embarcó al año siguiente con rumbo a la Asunción del Paraguay. Para apreciar todo lo que vale la presencia de uno de estos Hermanos Coadjutores en una Casa nuestra, sobre todo incipiente, hay que haber lidiado con las casi insuperables dificultades de la elección de la gente de servicio, hay que haberse hallado frente a los mil problemas que crean cada día los quehaceres necesarios en una comunidad, en un colegio. Los Salesianos de aquella localidad recibieron, pues, como una bendición llovida del cielo la llegada de Don Valentín. Y éste buen hijo de Don Bosco desde el principio puso en manos de los superiores toda su excelente voluntad, toda su capacidad de trabajo. Pero Dios no le había señalado larga vida, y Gottardi exhaló salesianamente el último suspiro el 25 de Junio de 1905, a 45 años apenas de edad.

DON ANGEL LAURIA

1842 - 1906

Andaba por las calles de Paysandú con una abultada carga de manufacturas de lata un hombre más bajo que alto, de barba puntiaguda, ya entrecana en los extremos, el cual pregonaba su mercancía con este grito: "*Lattiere senza malizia; Hojalatero sin malicia.*" Vivía solo en su taller, una buena casa de la calle del 18 de Julio, pintada de azul, con relieves blancos, y donde él se entregaba con afán a su arte, en el cual era verdaderamente ducho.

Terminada su diaria tarea, se le veía invariablemente en la iglesia rezando con intensa devoción en uno de los bancos puestos frente al altar de San Miguel.

Un día de 1889 cundió la voz de que Don Angel se había ido, con su casa, enseres y todo, a la Congregación Salesiana. Concluído el tiempo de prueba el 11 de Junio de 1890, hizo la primera profesión en la iglesia parroquial atestada de fieles, y la perpetua el 15 de Mayo de 1895, aunque él hubiera querido pronunciar desde el principio los votos *eternos*, como decía. Contrajo íntima amistad con D. Juan Cruz Epalza y solo Dios sabe con cuanta eficacia se habrán ayudado mutuamente en la obra de la perfección religiosa los dos santos Hermanos.

En el Colegio de Nuestra Señora del Rosario se le conocía por "Don Angel el hojalatero", más él ejercía con igual eficiencia toda clase de oficios, desde el suyo particular y los de vidriero, y trastejador, hasta el de sacristán, pasando por el de pinche de cocina.

De sus lacónicas frases, que ponían de manifiesto una inteligencia muy despierta, siempre se sacaba algún provecho. Siendo yo muy niño, le dije una vez: "Don Angel, yo también quiero aprender de hojalatero". El me respondió al punto en su jerga. "Lo sapere non occupa logare", anticipándose así al Compendio de la Gramática de la Academia a enseñarme este refrán.

En 1899 fué trasladado a los Talleres de Don Bosco y allí continuó desempeñando, su profesión, siendo factótum, edificando a todos con su piedad y observancia religiosa. Se levantaba muy temprano, abría la iglesia, y allí permanecía absorto en la oración mientras esperaba a la comunidad.

En la noche del 30 de Julio de 1906, hallándose ya muy grave, fuimos a visitarlo con el P. Peruzzo. No sólo estaba contento, en medio de sus dolores, sino radiante de alegría. Cuando volvimos a la mañana siguiente, ya había volado al cielo. Es la única expresión que cabe aquí: ¡Había volado al cielo!

Nació en Tortore (Cosenza) en 1842. Tenía pues, 44 años cuando entró en la Casa Salesiana, y 63 cuando dejó este mundo el 31 de julio de 1906, festividad de San Ignacio de Loyola.

DON ADOLFO LAZZARINI

1878 - 1908

Nació en Mesenzana (Como, Italia). A la edad de 13 años se matriculó en el Oratorio de Turín, cuyos alumnos han nutrido incesantemente las filas salesianas. En 1899, hechos los votos, partió para la Asunción del Paraguay. ¡Qué ensueños de trabajo y apostolado no traería en su mente el joven religioso! Pero los designios de Dios lo tenían predestinado a pasar por el crisol del dolor. ¡Cómo tiembla y se consterna nuestra naturaleza ante la enfermedad cruel que amenaza, que se acerca, que se apodera ávidamente del organismo! La propia humanidad sacratísima de Nuestro Señor Jesucristo en el Getsemaní ante la perspectiva de la pasión sintió pavor y angustia y tristeza mortal, y sudó sangre, y rompió en este grito desolado: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz." Con ello quería merecernos gracia y fortaleza invicta para repetir a par de él: "No se haga mi voluntad, sino la tuya." Y se la mereció a nuestro Adolfo

para que fuese lo que debe ser un enfermo salesiano: ejemplar de resignación perfecta al querer divino, víctima expiatoria por los Hermanos de la Inspectoría, vivo sacrificio impetratorio de las más señaladas gracias y bendiciones para los mismos. Cuando, después de una efímera vida de 30 años, oyó la voz del Señor, que lo llamaba de la cruz de su lecho a la corona del cielo, ¡cómo habrá agradecido al Maestro la heroica misión con que le había privilegiado en esta tierra! Falleció el 22 de Febrero de 1908 en la Casa de las Piedras, donde penó sus seis últimos años.

DON RAMON SANJURJO

1849 - 1914

Nunca se borrará de la memoria de quienes lo conocieron aquel ruinoso camarachón de la esquina de las calles Canelones y Municipio (hoy Salteráin), último resto de los primitivos Talleres de Don Bosco. Fué por luengos años el reino de Don Ramón Sanjurjo, quién allí amasaba y cocía el pan prometido por Don Bosco a los suyos, proponía las máximas de su experiencia, y curaba los achaques de la humanidad doliente. Porque Don Ramón era un inteligente empírico, a quien recurría con entera confianza la población de la Casa. ¿Quién no recuerda su famoso *regulador*, confeccionado con áloe y otros ingredientes, gran específico estomacal y purificador de la sangre? ¿Quién no entró alguna vez para tomar un baño térmico en aquel mechinal situado detrás del horno, donde el paciente sudaba hasta la postrera gota de los humores nocivos de su organismo? Yo, que esto escribo, pasé una vez una noche toledana a causa de un panadizo que comenzaba a formáseme en el pulgar de la mano izquierda. A la mañana siguiente corrí al consultorio de nuestro médico: ¡estaba ausente! Volví contrariado a casa, y me fuí en derechura a la panadería.

—Don Ramón, dije, ya no puedo aguantar esto, y no doy con el doctor. Ejerza usted de cirujano.

El se caló solemnemente los anteojos, examinó el dedo dañado, y tras un “Haremos lo que se pueda”, sacó una afilada navajilla, la desinfectó con bicloruro y ejecutó con limpieza la operación. Oprimió luego repetidamente el dedo pero observando: “No conviene violentarlo, porque es preferible que eso salga *por su razón natural*. Puso una mecha y un dedil, y, al cabo de pocas medicaciones, el mal había desaparecido por completo. Sólo quedaba una ligera cicatriz, como para despertar el recuerdo de mi buen Samaritano.

Era Don Ramón Sanjurjo un hombre muy meditado en todo, un religioso ejemplarmente fiel a los deberes de su vocación. Había nacido en Coristanco, provincia de la Coruña, y después de haber sido varias veces presidente del gremio de panaderos de Montevideo, contaba cuarenta y seis años cuando se resolvió a ser hijo de Don Bosco. Feneció con la envidiable tranquilidad de un siervo de Dios en el Manga, adonde había sido enviado para cuidar de su salud.

DON ANTONIO GUSSONE

1859 - 1915

En el año 1891 la Casa de Formación de Las Piedras ya había adquirido, gracias a indecibles esfuerzos y sacrificios, los elementos más esenciales para acercarse a la normalidad: un Director sabio y santo, en el Padre Carlos Cipriano; un Catequista y Consejero de la talla del Padre José Misieri; un cuerpo, reducido, pero idóneo, de profesores, con organización regular de clases; un grupo, no muy numeroso todavía, pero seleccionado, de postulantes: todos juntos, grandes y chicos, novicios y aspirantes, bajo la asistencia, a la par exigente y paternal, del inolvidable Don Federico Gioia.

Once vistieron entonces la sotana. Y fueron afluyendo nuevos candidatos, de varias procedencias. Del Colegio de Ntra. Sra. del Rosario, de Paysandú, vinimos ocho alumnos. La Parroquia de San Agustín, de la Unión, con no tener Casa Salesiana, (aunque sí uno de los Oratorios Festivos fundados en Montevideo por los ex alumnos del P. Lasagna) contribuyó con cinco feligreses, todos adultos: cuatro (David Queirolo, Juan de Dios Moratorio, Francisco Sicco y Miguel Jauregui) alcanzaron a ser ejemplares sacerdotes. El quinto fué Don Antonio Gussone, el sacristán de aquella iglesia. No le había favorecido físicamente la naturaleza. Recuerdo que, hallándose una vez en la portería del Colegio de San Isidro, una señora le observó a su esposo, que la acompañaba: “¡Qué feo es el sacristán!” (Gussone a la sazón) El caballero replicó con muy buen sentido: “¿Dónde está escrito que los sacristanes han de ser buenos mozos? Además ya sabes lo que afirma el refrán: El hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso.” Pero ¡qué alma hermosa la de Don Antonio! La gracia de Dios aureolaba toda su persona. Bastaba verlo para apreciarlo y quererlo bien. A su llegada se le encomendó la ropería. Allá íbamos en fila india, o en tropel: y él, siempre hecho una risa, ingenuo, servicial, nos atendía cariñosamente. Si no tenía lo pedido, o surgía cualquier otra dificultad, exclamaba, sin dejar de reír: “Qué *granca* (por granja, en su jerga: pejiquera, fastidio, engorro, o simplemente cosa). Como decía granjero por individuo, tipo, tío: “Estos *granqueros* me lo revuelven todo.” De ahí le quedó el mote de “el Granjero”.

Pasó después a sacristán, oficio que le daba más proporción de satisfacer su piedad edificante y fervorosa.

De 1895 a 1909 estuvo en el Brasil; y allá, como poseía habilidad y destreza para todo, fué uno de esos hombres que equivalen a un equipo, capaces, a imitación de nuestro Padre Don Bosco, de engarzar un rosario, colocar un vidrio, serrar un madero, componer

una cama, enlucir o enjalbegar una pared, guisar un alimento, encuadernar un libro, guiar un carro, podar un árbol, o echarle un remiendo a un pantalón o unas medias suelas a un par de zapatos.

Volvió en 1909 a Villa Colón, harto sofocado y concluído por el asma. Pero ni aun en este período se le vió un momento desocupado: siempre tenía en las manos o el santo rosario, o unos alicates, unas pinzas, unas tijeras, o un diamante de vidriero, un palustre de albañil, una aguja de colchonero, un destornillador o una lezna o una lima, una herramienta, en fin de los más dispares oficios.

Al enterarse de que un sacerdote joven estaba enfermo de cuidado, le mandó a decir: "He ofrecido a Dios mi vida por su salud; yo soy un viejo inútil, plagado de achaques, y usted todavía puede hacer mucho bien." El sacerdote sanó; el Hermano terminó santamente su carrera poco después, el 27 de Marzo de 1915.

DON JUAN RICCI

1877 - 1915

Es un misterio el de la duración de la vida. Para todos es un soplo, comparada con la eternidad. Pero ¿por qué a unos se les conceden más años y a otros menos? ¿Por qué a éstos se les prolongan los días hasta una decrepitud aparentemente inútil, y gravosa para los demás, y a aquéllos se les llama en medio de una actividad fecunda y extraordinariamente benéfica, y hasta insustituible? Sólo Dios lo sabe. Una cosa hay cierta, y de fe. Y es que la divina Providencia le brinda a cada uno el tiempo necesario para cumplir, dada la correspondencia de la criatura, su destino sobre la tierra. Tal respuesta basta para aquietarnos por completo y estimularnos a aprovechar debidamente las horas, muchas o pocas, que nos otorga la Bondad divina.

A Juan Ricci le cupo en suerte una vida breve; pero fué bien lograda. Nació en Verucchio (Forli, Italia) en 1877. Comenzó entre los suyos a adiestrarse en los trabajos de labrador y albañil. A los 16 años fué llevado a la Casa de Foglizzo por el deseo y propósito de ser Salesiano. Satisfecho su intento tres años después, ya está pronto para incorporarse a una expedición que sale con rumbo a América, destinado él a Asunción del Paraguay. En 1904 pasa a nuestra República, y primero en los Talleres de Don Bosco, después en la Escuela Agrícola del Manga, va acumulando los denarios del jornal, que le formarán un tesoro en el cielo.

Su sana alegría, su tesón en el trabajo, su religiosidad ejemplar, su caridad fraterna le atrajeron la simpatía universal, y por eso propios y extraños recibieron con un sentimiento de conmoción profunda la noticia de su muerte acaecida en Montevideo a raíz de una operación quirúrgica el 7 de julio de 1915.

DON PASCUAL FOSSATI

1840 - 1915

Era el hombre de las rimas, el incorregible forjador de aleluyas. Así como en esta era del fútbol nadie que cruce nuestros patios está exento, sin especialísima providencia, del impacto letal del balón, así nadie que se pusiese a tiro de Don Pascual estaba a salvo de las flechas de sus pareados.

Ejemplos al canto.

Al Prefecto del Colegio de San Isidro de Las Piedras, por nombre Andrés, le espetó a quema ropa:

San Andrés

Está en el cielo, *e usted no lo ves.*

Al P. Villa:

El P. Villa

Tiene el cuarto entre la basura e la capilla.

Al que esto escribe, a raíz de unos Ejercicios Espirituales.

El P. Vidal

Ci ha predicao un sermón especial

Que *ci ha tocao* en *el* espiritual.

A veces introducía consonantes de matute, como éstos:

El Padre Moser

Lé sempre bello e rosso

Pero ¿y qué? ¿Acaso los poetas más célebres, en casos peliagudos, no han sabido escaparse por la tangente? Ahí está nada menos que Lope de Vega, que rimó, como quien no quiere la cosa, *árbol* con *mármol* (p. ej. en el auto "De la puente del mundo".)

Don Pascual era viudo. Su hijo, que ocupaba un ambicionado puesto administrativo en una ciudad del interior, emparentó con una de las familias más linajudas de la región. Pero su padre, cocinero durante toda su vida religiosa, se encumbró a una aristocracia infinitamente más alta, la aristocracia espiritual de los ennoblecidos por la práctica de los consejos evangélicos, que el buen viejo se dió a cumplir con ejemplar observancia.

Era italiano, como se echa de ver. Nació en Saluggia (Piamonte) el 17 de Mayo de 1840. En 1898, a los 58 de edad, se acogió a los Talleres de Don Bosco, vivió aún 17, y a los 75 expiró piadosamente entre sus Hermanos de religión.

DON SANTIAGO CEVA

1851 - 1916

SANTIAGUITO, como le apellidaban por su escasa talla y poca corpulencia. Su figura es la primera que se distingue en pie, a la izquierda del observador, en una fotografía, muchas veces reproducida, de la segunda expedición de nuestros misioneros (1876). Fué también

el primer Coadjutor salesiano que yo conocí, en mi lejana infancia (1881), allá en el Departamento de Paysandú, y nunca más se me desmintió su característica silueta. Nativo de la ciudad de Turín, entró en el Oratorio de Don Bosco a los diez y siete años, y en el 1876 zarpó de Italia con los primeros salesianos destinados al Uruguay.

Dotado de habilidad para múltiples, actividades, la que desempeñó en la Congregación por más tiempo, y con ejemplar tesón, fué la de sacristán. Y por cierto que a esto debió las mayores amarguras de su vida, ya que en Paysandú en 1882, y en nuestro Colegio del Sagrado Corazón de la capital en 1890, vió a un voraz incendio ensañarse en la iglesia encomendada a sus cuidados.

De un libro mío transcribo: “La *obediencia* que en 3 de Julio de 1884 destinaba al Padre Gamba a Las Piedras, le designaba “Prefecto y Maestro de Novicios”. Sabemos, aunque no el motivo, que el primer cargo lo desempeñó por breve tiempo, y que luego funcionó de economo el Coadjutor Don Santiago Ceva (a) Santiaguito, quien empleaba por secretarios a los aspirantes más aventajados, entre ellos a Pablo Peruzzo y a Eduardo Dufréchou, y que, conforme a su proverbial *prodigalidad*, los retribuía con un caramelo diario, *ex denario diurno*, como quien dice.”

La tradición oral cuenta además que el buen Coadjutor hubo de afeitarse, y no una vez, los bigotes para subdiaconar en funerales, con airadas protestas, por supuesto, de las leyes litúrgicas, a las cuales replicaban las gentes de aquella edad de oro: “*Necessitas caret lege*”: la necesidad tiene cara de hereje, ¿y qué mucho haga herejías?”

Ceva continuó largo tiempo practicando ese heroísmo que tanto admiramos en la vida de nuestros Coadjutores, y que, como dijo el Cardenal Maurilio Fossati, consiste en “la monotonía del deber cumplido”.

Terminó su jornada en el Colegio Pío de Villa Co-

lón el 24 de Marzo de 1916, a los 65 años, y cuando sus Hermanos volvieron de acompañarlo al cementerio, pudieron decir con plena verdad: "Hemos dejado en el último descanso a un esforzado trabajador salesiano."

DON NATALIO LEONARDI

1851 - 1919

Natalio Leonardi, nacido en Cabanella (Massa-Carrara, Italia), vivió 40 años en el mundo. A tal edad, viudo, perdido un ojo, dejó su banquillo de zapatero de viejo, y aspiró a religioso. Le vimos aparecer en la Casa de Las Piedras en el último tercio del 1891. Era bastante leído, para su condición. Hasta sabía sus latines. Al anunciarle yo que iba a vestir la sotana, me respondió al punto: "Laetamini in Domino, et exultate, justi." Al principio ejerció de portero. Y por cierto que a veces le hacíamos buscarnos en balde poniéndonos del lado de su ojo sin luz. Apacible, delicado, modosito, se granjeó muy pronto el mote cariñoso, que ya le acompañó después por toda la vida, de *Natalito*. De Las Piedras pasó a otras Casas: Talleres de Don Bosco, Mercedes, Villa Colón, empleado en esa diversidad de ocupaciones a que siempre están admirable y providencialmente dispuestos, según la necesidad, nuestros Hermanos Coadjutores. Pero el fondo sobre el que especialmente vemos moverse la figura de Natalito es el Colegio Pío. Allí despliega su tranquila actividad; allí recita en el teatro la melopea de las escenas de *Genovefa*; allí resuena aún el eco de sus rasgos oratorios. Recuerdo que, al término de unos Ejercicios Espirituales, el Padre Gamba le mandó pronunciar un brindis. Natalito, en medio de fragorosos aplausos, nos dijo, entre otras cosas: "Roguemos por los que en este año *tengan la desgracia de ser llamados a mejor vida*".

El mundo, todo bambolla y boato, nunca llegará a comprender la misión y el mérito de estos hombres sencillos que pasaron por él haciendo silenciosamente el

bien y practicando virtudes ignoradas; pero los que todo esto contemplan con los ojos de la fe repetirán las palabras de Jesús: “Yo te alabo, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeñuelos.” (Mt. II,25).

El Hermano Natalio Leonardi dejó este valle de lágrimas, en Villa Colón, el 26 de Julio de 1919, a los 68 años.

DON JUAN BUGNA

1840 - 1919

Varios de los nuestros, destinados primero por Dios a la dignidad de padres de familia, desligados por la muerte un día de sus antiguos vínculos, recibieron en la última etapa de su existencia la gracia del llamamiento a vida más perfecta, aun después de haber dado ya alguno de sus hijos a una comunidad religiosa. Tal fué Don Juan Bugna, el cual había ofrecido generosamente una hija al Instituto de María Auxiliadora. Nació en una población de Trento. Viudo, vino a llamar a las puertas de los Talleres de Don Bosco a los 55 años de edad. Hábil herrero, en la Congregación siguió ejercitando asiduamente su oficio, al paso que cultivaba en su alma las virtudes de su nuevo estado con esa edificante fidelidad y encantadora sencillez que solemos admirar en nuestros Coadjutores.

Aficionado a la lectura, ocupaba en ella con inteligente aplicación las horas que le dejaban libres sus tareas y sus prácticas de piedad, y así llegó a familiarizarse con obras de positivo mérito, cuyo conocimiento habría honrado a un hombre de estudios, como por ejemplo la voluminosa *Historia Eclesiástica* de Rohrbacher.

Dios le llamó a Sí a los 79 años, en la Escuela Agrícola del Manga, el 17 de Setiembre de 1919.

DON DOMINGO DELPIANO

1845 - 1920

En el año 1889, alumno yo del Colegio de Ntra. Sra. del Rosario de Paysandú, me llamó la atención una mañana en nuestra capilla un señor de rostro noble adornado de grandes bigotes, que en actitud devota se acercaba a la Sagrada Comunión. Le tuve por alguno de los próceres del catolicismo uruguayo. Hasta recuerdo que pensé en Don Francisco Bauzá, a quien yo no conocía de vista por entonces. Al salir me enteré de que era el arquitecto de la Inspectoría, Don Domingo Delpiano. En aquellos días le oí cantar y admiré su potente voz de bajo.

Conterráneo de Don Bosco, pues vió la luz en Castelnuovo de Asti en 1845, profesó en nuestra Congregación en 1879 en San Benigno Canavés a los 34 años de edad. Había estado un tiempo con los Benedictinos, en Francia, y llevado el nombre de Hermano *Antoine*, como solían seguir llamándolo sus coetáneos salesianos. Llegó a Villa Colón en 1882, como clérigo. El Padre Lasagna, conocedor de la inteligencia, aptitudes y estudios de aquel Salesiano, comprendió qué beneficio inapreciable podía resultarle a la vasta Inspectoría (Uruguay - Brasil) de que se dedicase exclusivamente a la arquitectura, y le aconsejó que dejara la sotana. Avinose a ello Delpiano, y fué enviado al Brasil (Niteroy, 1883-1887). Todos tienen noticia del admirable conjunto de iglesias y colegios con que pobló la Tierra de la Santa Cruz. En nuestra República quedan: la capilla gótica de Las Piedras, una alhaja de que se hacen lenguas todos los artistas; el presbiterio del santuario nacional de María Auxiliadora en Villa Colón, que extasiaba al otro genial arquitecto, el P. Ernesto Vespignani, el majestuoso pórtico de los Talleres de Don Bosco. Don Domingo Delpiano fué arrebatado por un ataque apoplético en San Paulo del Brasil el día de la Natividad de la Virgen Sma.

del año 1920, mientras dirigía la construcción de una de sus muchas y magníficas obras. Y habrá podido afirmar ante el tribunal del supremo Juez: "Señor, yo, al paso que, como genuino hijo de Don Bosco, levantaba el edificio de mi perfección religiosa, apliqué todos mis talentos y toda mi actividad a erigir muchos templos para tu gloria y muchos colegios para la formación cristiana de la niñez."

DON VENTURA SALOM Y VICH

1843 - 1922

Nació en 1843 en Palma de Mallorca, *L'Illa Daurada*. (La Isla Dorada). Fué, según lo repitió muchas veces, compañero de aula de Don Antonio Maura, aquel político prócer, orador soberano, y cristiano a las derechas. No profesaba don Ventura mayor aprecio a *Antonio*, según le llamaba, porque... pues por eso, porque había sido su colega. Cursó en su patria el Instituto, el Liceo, que decimos aquí, y poseía por tanto el fondo correspondiente de cultura. Yo le oí recitar con mucho sentido alguna fábula de Fedro (en el texto latino,) y le gustaba discurrir de materias científicas y literarias. Lo hacía siempre en tono categórico y solemne, y casi *ex cátedra*. El año 1894, a los 51 de edad, después de haber ejercitado su actividad como empleado, apareció en el Colegio Pío de Villa Colón. Ya no se movió de allí, donde por 28 años, es decir, hasta la muerte, tuvo la incumbencia de anotar las observaciones meteorológicas, cosa que él efectuó siempre con diligencia y aparatosa formalidad.

También dió clase a los más pequeños, ministerio que le ofrecía a veces ocasión de hacer observaciones y exponer teorías archicuriosas.

En sus largos años de Congregación nunca desentendió en el coro de los Hermanos más observantes y piadosos.

Apacible como su vida, que alcanzó a los 79 años,
fué su muerte, acaecida el 7 de Febrero de 1922.

DON FELIPE TESTA

1872 - 1922

El colombiano D. Belisario Peña en su no igualada
Oda a Don Bosco pinta al vivo los talleres salesianos en
estas estrofas:

“Aquí, rizos hurtando del madero,
En vaivén el cepillo se pasea,

La lima roe acero,

Ronca el fuella, el martillo traquetea,

Se inflama el aire y el sudor gotea.

Ahí la trompa bélica consuena

De sibilante flauta con gemidos,

Y voz argétea llena

De música armoniosa los oídos

Vida y afecto dando a los sonidos.

Allá no peligrosa bulle activa

Instrumento de bien, fecunda prensa

Sin que de ella reciba

El sol de la verdad tiniebla densa

Ni Dios agravios, ni el pudor ofensa.”

No podía, no, el poeta omitir en su descripción el
elemento de la música instrumental y vocal, esencialí-
simo en el sistema educativo de Don Bosco. Por eso
nuestro Padre Gamba quiso que las Escuelas Profesio-
nales de Montevideo naciesen al són de unos instrumen-
tos musicales, tan vetustos y deslucidos como se quie-
ra, pero instrumentos al fin. Inició la serie de los maes-
tros un señor Spátola. Le sucedió D. Juan Pavanello, y
a éste sustituyó Don Felipe Testa. Fué al mismo tiempo
el experto maestro de encuadernación, fué el hábil e
incansable gerente de los talleres; más para el público
era por sobre todo y acaso exclusivamente el gran direc-
tor de la banda de los artesanitos de Don Bosco, banda

imprescindible en toda manifestación religiosa, patriótica o social de alguna importancia.

La muerte sorprendió improvisamente al óptimo Salesiano en el vigor de sus cincuenta años, al cabo de 29 de perseverancia en su vocación, en el ejercicio de una actividad que no conocía descanso, el 2 de de Setiembre de 1922.

DON CARLOS DUGNANI

1848 - 1922

Oriundo de Paina, en el Milanesado, a los 35 años, después de una vida integérrima en el siglo, fué a llamar a la puerta de la Casa de Don Bosco. Vino a esta República, ya salesiano, en 1886. Atareado en el cultivo y cuidado de la viña del Colegio Pío, atendía también a la de las Hijas de María Auxiliadora. Por unánime testimonio de éstas, no pronunciaba allí más palabras que las indispensables, ni siquiera levantaba los ojos para mirar a nadie. Trasladado en 1897 a Asunción del Paraguay, fué sacristán modelo en nuestra iglesia, al mismo tiempo que despensero y hortelano, desempeñando con igual solitud y esmero los tres oficios. Me decía un testigo de vista: "Era asombroso lo que le rendía su huertecito, del que obtenía todo el año lo necesario para el consumo de la Casa, y aun para vender a los vecinos y para obsequiar a los bienhechores, algunos de los cuales recibían hasta con devoción la verdura del pegujar de Dugnani: ¡tal era el concepto de santo en que lo tenían!" En sus últimos años se ensañó en él la lepra, la terrible enfermedad que los Hebreos designaban por antonomasia con el nombre de *plaga*, y hubo que aislarlo en un lazareto. El Señor hizo de él el Santo Job de la Inspectoría, el ejemplar heroico del dolor resignado y *sonriente*. Agradecía con toda el alma las frecuentes visitas de sus Hermanos, a quienes repetía: "¡Qué vamos a hacer? Así lo quiso Dios. ¡Hágase su

santa voluntad!" Las Hermanas de Caridad no acababan de admirar la continua oración y la entereza de mártir del enfermo. La misericordiosa muerte dió fin a sus dolores y aislamiento y le abrió las puertas del cielo el 14 de Octubre de 1922. Tenía 74 años de edad.

DON ANGEL BENOVE

1866 - 1925

En enero de 1927 en el cementerio de Valparaíso visité la tumba de Don Angel Benove, leí pensativo su epitafio y recé por su alma.

Nacido en Fosano (Italia) en 1866 y llegado a esta Inspección en 1893, tuvo por un tiempo la misión de componernos el calzado a los candidatos a Salesianos de la Casa de Formación de Las Piedras.

En el año de mi noviciado (1894), el buen Coadjutor, extraordinariamente aficionado a las flores naturales y artificiales, consiguió que el P. Director lo autorizase a darnos a mis compañeros y a mi, clase de *florería*. Si la autorización no fué muy espontánea de parte del Superior, a nosotros nos supo a cuerno quemado, porque nos privaba nada menos que del recreo que sigue a la comida. Pero todo tiene remedio en este mundo, y los interesados nos ingeniamos por que la hora del aprendizaje resultase siquiera tan divertida y alborozada como los juegos que perdíamos. Sin embargo, quieras que no, algo nos adiestramos en aquel arte, y Benove se preció perpetuamente de haber enseñado a discípulos *tan distinguidos*, los cuales, a nuestra vez, le conservamos sincero cariño al maestro sencillo y virtuoso.

Desempeñó también, con la seriedad y conciencia que le eran peculiares, el delicado cargo de portero, en el Colegio Pío y en los Talleres de Don Bosco. Aun me parece verlo tocado con su gorra gris, en la cual se leía en letras de oro: *Portero*.

En 1909 la obediencia lo destinó a la Casa de Punta

Arenas. Allí nuestro Hermano llegó a ser *el hombre del Museo Regional* fundado por el insigne misionero Don Mayorino Borgatello, muestra admirable de la gea, la flora y la fauna de aquellas latitudes magallánicas. Con absoluto derecho campea hoy en él un gran retrato de Don Angel Benove, pregonando a los visitantes todo lo que pueden la inteligencia, la voluntad, el tesón de una persona puestos al servicio de una obra meritoria.

Ya muy cascado de salud, fué enviado por los superiores, en busca de más bonancible clima al Norte de Chile, y finó en Valparaíso.

El 2 de Mayo de 1925 fué su *dies natalis*, el día de su nacimiento, como dice la iglesia hablando de la muerte de los justos.

DON RAFAEL BIGAZZI

1850 - 1926

En la madurez de sus cuarenta y un años llegó como tantos otros, al Colegio Pío, en 1891, este hijo del pueblo, que desde su primera edad había ejercitado los brazos en las rudas y saludables faenas de la agricultura. Cristiano a carta cabal, recorrió sin graves tropiezos los caminos del mundo. Pero comenzó a sentir la necesidad de mayor acercamiento a Dios y de ambiente más oxigenado, o, sin metáfora, más henchido de gracia para su espíritu. Todo lo halló en la casa de Don Bosco, donde pasó casi toda la segunda mitad de su vida, bien querido de sus Hermanos, quienes reconocían sus virtudes y celebraban y reían de buena gana sus características ingenuidades.

En el nuevo estado no cambió sus ocupaciones agrícolas, ni mermó su afición a las plantas, a las plantas frutales, que él designaba con cariñosos diminutivos, como el *olivito*, el *manzanito*, el *naranjito*, la *higuerita* mientras reservaba despectivamente los aumentativos pa-

ra los vegetales nocivos, como el *cardón*, o para los que no dan fruta, v. gr., el *eucaliptón*.

Murió en su ley, el 12 de abril de 1926, a los 76 años, de resultas de una grave caída desde la rama de un árbol en que estaba sentado, y que él mismo cortó inadvertidamente. Si se estilara en nuestra Congregación, se podría grabar en la losa de su tumba: "Fué un buen Salesiano."

DON ANGEL GROSSO

1851 - 1928

Vino de su pueblo natal, Costa, en el Genovesado, y se avecindó en Paysandú, en el Puerto, donde residían tantos de sus comprovincianos, que en aquel barrio lo más común era oír a grandes y chicos hablar en genovés. ¿En que fecha arribó a esta República? El no acertaba a precisar más dato que éste: "Cuando la fiebre amarilla." Lo cual, así en abstracto y dada la mentalidad de Grosso, puede referirse a cualquiera de las epidemias de aquel género que infestaron el Río de la Plata (p. ej., la de 1871 en Buenos Aires, la que inspiró el cuadro inmortal de Blanes "Episodio de la fiebre amarilla") o tal vez solamente indicar la circunstancia de la cuarentena que por recelo al virulento morbo se imponía a todos los viajeros que habían recalado en el Brasil. En 1891 se acercó a los Salesianos, y profesó en 1897 y 1900. Al recordarlo, se viene a las mentes la parábola de los talentos.

Al que había recibido cinco se le exigieron otros cinco, y, como pudo responder debidamente, se le dijo: "Muy bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu Señor. Al que no había recibido más que dos, sólo dos se le reclamaron, pero se le declaró digno de la recompensa con las mismísimas palabras que al anterior. Y al que recibió un talento, si se hubiera empeñado en

negociarlo y aumentarlo, le habría cabido la dicha de idéntico elogio y galardón. El Hermano de que hablamos era analfabeto (por excepción a nuestra Regla), no tenía largos alcances; pero dió a la Congregación, y en ésta a Dios, todo lo que pudo; y el que da cuanto puede da mucho, en resumidas cuentas. Su oficio era el de agricultor, y en él trabajó siempre entre nosotros. Colaboró en las primeras plantaciones de la Escuela Agrícola del Manga, y en sus últimos años se preciaba de ello, diciendo a los jóvenes: “Estos árboles los planté yo.”

Su postrera enfermedad dió margen a un edificantísimo episodio que no se puede callar aquí. Cuatro de los alumnos de la Escuela Agrícola, criados en el regalo, pues pertenecían a familias acaudaladas, reclamaron encarecidamente para sí el cuidado del enfermo. En medio de un ambiente infecto, propio del mal del paciente, pasaron más de un mes sin apartarse de su lecho de día ni de noche. Más aún: uno de ellos, hijo de médico, adoleció de gripe en aquel entretanto. Su padre le obligó a retirarse temporáneamente a casa para atenderse. Pero él volvió presuroso, antes de mejorar del todo, ¡porque su enfermo lo necesitaba!

Don Angel Grosso, el siervo bueno y fiel, que había duplicado su talento, fué llamado al premio el 8 de Diciembre de 1928, festividad de la Inmaculada Concepción.

DON ANTONIO BRUNO

1845 - 1930

Natural de Rubiana (Piamonte), a los veinticinco años dejó el pegujal que cultivaba, por el Oratorio de Don Bosco, en cuyas *Memorias Biográficas* se nombra repetidas veces a nuestro Antonio. Un día le dijo el Santo: “¿Te gustaría ir a América?” Respondió el buen Hermano poniéndose más tartamudo de lo que era por naturaleza: “Usted sabe lo que me costó arrancarle a

mi madre su consentimiento para venirme a Turín. ¿Qué me respondería si le saliese ahora con que me marcho nada menos que a América!” “Bueno concluyó Don Bosco, consúltalo esta noche con la almohada, y mañana me darás la respuesta definitiva”. Al día siguiente apenas le vió el Padre, le preguntó: “Conque ¿vamos a América?” “De allá vengo”, le contestó el Hermano. “¿Cómo es eso?” “Sí, toda la noche estuve soñando que andaba allá por un colegio nuestro rodeado de un muro de ladrillo.”

“Pues habla con tu madre, y dile que, si no se opone a tu ida, cuando muera entrará inmediatamente en el cielo sin tocar en el purgatorio, y que tú vivirás largos años.

“Antonio formó parte de la segunda expedición de misioneros, la de 1877, de la cual anda por ahí una fotografía: él es el que, en pie en el fondo, viene a quedar precisamente entre Don Bosco y Don Lasagna.

¿Cuál no sería el estupor de Bruno cuando, al llegar al Colegio Pío, advirtió que aquélla era, punto por punto, la casa que él había visto en sueños!

Años más tarde soñó que, en un camino, se encontraba con su madre, la cual llevaba por la mano a una chiquilla ambas en extremo contentas. ‘A dónde vas?’, la interrogó. “Al cielo, respondió la señora, con esta nietecita.” A poco recibió Antonio la comunicación de la muerte de la anciana y de la criatura.

Antonio Bruno fué en la Congregación cocinero vitalicio. En mi primera memorable entrevista con Don Rúa me preguntó el Venerable: “¿Conoces a Antonio Bruno?” “Casi desde que me conozco a mí. Y mire usted, Sr. D. Rúa, a él debo una prueba, definitiva para mí, de que Don Bosco era un santo de cuerpo entero”. “¿A ver? ¿A ver?” “Sí, porque si nuestro Padre comía sin protesta lo que le guisaba Antonio, no podía menos de serlo.” “¿Tan mal cocina?” “No cocina mal: cocina peor.”

Pero lo hacía con tan sana voluntad, que fué uno

de esos religiosos que, según dice el P. Coloma, se ganan el cielo al pie de una hornilla. Fué uno de esos verdaderos Israelitas en quienes, conforme al dicho del divino Maestro, “no hay doblez” (J. 1, 47): a quienes les asoma por todos los poros la hermosura del alma.

Este ejemplar salesiano, de acuerdo con la predicción de Don Bosco, alcanzó los 85 años. Cerró los ojos a este mundo el 17 de Febrero de 1930, en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario de Paysandú donde residía desde 1883.

DON MIGUEL ROVIRA

1867 - 1931

Pasados veintiocho años en el mundo sin graves complicaciones, ganándose honradamente la vida en el empleo de camarero, y dueño ya de un solar y una casita que le brindaban tranquila vivienda, tomó un día la resolución de ofrecer su persona y todo lo suyo a la Congregación Salesiana.

Helo, pues, en 1895 en los Talleres de Don Bosco, de donde ya no saldrá sino, después de 36 años, para la última morada.

El cargo de dispensero que le encomienda la obediencia, y que él sirve con ejemplar esmero, tiene, digámoslo así, bastante de eremítico, y se acomoda a su carácter retraído. Sin embargo, en medio de aquella paz, se ve probado por congojas espirituales que, apenas logra un momento libre, le llevan a los pies de Jesús Sacramentado, en quien tiene puesta toda su confianza, o al cuarto del superior, cuya palabra, dada la fe con que lo escucha, desvanece para él todas las dudas y resuelve todos los problemas. Su callada, pero santamente fecunda existencia, se cierra con muerte preciosa el 11 de Agosto de 1931.

1860 - 1932

Para ser un buen religioso no se necesita servir para todo ni poseer cualidades naturales extraordinarias: basta tender con perseverante voluntad a la perfección por medio del cumplimiento de las Reglas de la propia comunidad. Y así vemos que han ido acumulando grandes méritos en su vida y dado verdadera gloria a su Instituto Hermanos escasamente dotados, y aun algunos de esos que, como suele decirse, tiene cosas o extravagancias que a menudo son materia de esparcimiento y solaz para quienes viven bajo el mismo techo. Entre estos últimos cabe el Coadjutor Silvio Milanese, de regocijada al par que limpia memoria.

Clérigo por cierto tiempo, los superiores creyeron acertado hacerle dejar la sotana porque no lograba la disciplina de sus alumnos, quienes explotaban fácilmente sus extrañezas y genialidades. Sin embargo ¡cuántos servicios no prestó después en el desempeño de sus diversos empleos!

Me encontré por última vez con él en el Oratorio de San Francisco de Sales en Turín en 1910. Trabamos conversación, y me expuso una de sus ideas raras, que a la sazón lo dominaba por completo.

—Usted, me dijo, vuelve a su patria de la Universidad Gregoriana de Roma. Yo, con mis cincuenta años auestas, acaricio el proyecto de pedir de nuevo a los superiores el hábito talar y hacer en la misma Universidad el curso teológico. ¿Qué le parece?

—Sinceramente, me parece un desierto garrafal. No me cabe la menor duda de que usted, en proponiéndoselo, conseguiría todas las borlas doctorales. Pero ¿Y quién sustituiría a Don Silvio en Mato Grosso? Si allá llegan a necesitar teólogos, y aun archipámpanos, los hallarán a manta de Dios por esos mundos; pero ¿cree usted que van a dar ahí a la vuelta de la esquina con el

tesoro de un Coadjutor adornado de tan múltiples habilidades: músico, dibujante, proyectista y constructor, actor dramático y orador, meteorólogo, provento y enfermero, y cuanto haya que ser; con un hombre, por ejemplo, de trazar un croquis de la Obra de Don Bosco en Mato Grosso, como el que luce en los salones de la Exposición (organizada entonces en el Oratorio por Don Bertello)? Ríase usted de todas las Universidades del orbe y devuélvase a la Misión ese pilar indispensable, llevándose consigo, si es posible, algunos de esos jóvenes tras de quienes anda usted. (En efecto, algunos clérigos, que le habían conocido el humor le prometían el oro y el moro y se decían dispuestos a seguirlo “hasta el corazón de la Floresta”.)

Nuestro héroe me escuchaba con los ojos arrasados en lágrimas de conmoción por el aprecio que le demostraba.

—Vuelva usted en calidad de Hermano Coadjutor a la misión, le insistí, y al llegar el fin de su jornada (cuanto más tarde, mejor) habrá quien escriba: “Ha llegado al descanso y a la recompensa un hijo de Don Bosco que trabajó como bueno en la Congregación.”

Don Silvio me estrechó afectuosamente la mano, dispuesto a seguir a la letra el programa que le había sugerido. Y 22 años después, el 18 de Diciembre de 1932 a los 72 años de edad, durmió el último sueño en Cuyabá rodeado de sus Hermanos, y arrullado ciertamente por aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo: “Muy bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor” (Mt., 25, 23, 24). Había nacido en Turín el 6 de junio de 1861.

DON RAIMUNDO GARAVAGNO

1877 - 1937

Era piemontés, de Roccaforte. El año 1891, a los catorce de edad, ingresó en la Casa de Probación de San Benigno Canavés. Profesó en 1897 y el mismo año

fué destinado a Montevideo, donde pasó gran parte de su vida salesiana en calidad de maestro encuadernador, con un paréntesis en Pernambuco (Brasil). Son legión los alumnos que recibieron su enseñanza, y algunos de ellos subieron muy alto, p. ej. el Dr. Edmundo del Castillo, que fué Ministro del Estado; el Dr. Salvador García Pintos, uno de los más reputados médicos del país y de los más conspicuos diputados del Parlamento; el Rev. P. José Raúl Porto, S.D.B. Y todos ellos, sin excepción, insignes y humildes, conservan de él gratísimo recuerdo y nombran con una inflexión de cariño en la voz al maestro que en sus años juveniles los formó con tanto desvelo y les dió tan señalados ejemplos de vida cristiana.

Precisamente en su última enfermedad fué asistido con afecto verdaderamente filial por el mencionado Dr. García Pintos. Don Raimundo por su parte ponía en él tan ciega confianza, que, a pesar de su grave estado, se creía salvo sólo con que cuidara de él su antiguo discípulo. Por eso pocos minutos antes de morir tuvo ánimo para levantarse e ir por sus pies hasta la herrería a dar órdenes para la construcción de un aparato que necesitaba. A la vuelta, apenas le quedó tiempo para recostarse vestido en su lecho y exhalar el último suspiro, el 23 de Julio de 1937, a los 60 años.

DON JUAN SANGUINETTI

1850 - 1938

Nació el 1 de Abril de 1850 en Chiávare, orillas del Mediterráneo, cuya luminosidad azul se reflejaba en sus ojos llenos de celestial candor. Sólo al cabo de más de treinta y cinco años de peregrinación terrenal dió con la casa de Don Bosco, en Villa Colón, de donde no salió más que para el cielo, a la edad de ochenta y ocho años, *in senectute bona* (Gén. 25, 8), en el día glorioso de la Asunción de nuestra Madre, 15 de Agosto de 1938.

El mundo no lo conoció; el mundo, que es todo *concupiscentia oculorum* (I J. 2, 16) no pudo tener una mirada para este hombre sencillo que pasaba silencioso el día de sol a sol labrando inteligentemente la huerta con el pensamiento fijo en Dios, y que, tras la ruda jornada, iba a postrarse ante el tabernáculo y luego a prolongar hasta muy entrada la noche su oración, desgranando con fervor incansable las cuentas de su rosario. ¡Cuán innumerables gracias no habrán descendido sobre la Casa y la Inspectoría respondiendo a la ininterrumpida plegaria, a las devotas avemarías de nuestro piadosísimo Hermano.

DON BENJAMIN MOTTER

1859 - 1939

Don Benjamín, que era naturalmente jovial e ingenioso, decía el 29 de Abril del año 1939: “¡Es la primera vez que cumplo ochenta años!” Claro está que no iba a llegar a la segunda, y aun la muerte le seguía el alcance muy de cerca; pero no podía quejarse pues había tocado el extremo límite que el salmista (89,10) señala a nuestra terrenal existencia cuando dice: “Los días de nuestra vida son setenta años, y ochenta en los más robustos”.

Y en verdad que los de nuestro Hermano habían sido bien aprovechados. Nacido al Norte de Italia, en Tenna (Trento), donde trabajó hasta los treinta y cinco años en los oficios de tejedor y aserrador, hijo ya de Don Bosco recorrió una gran porción del mundo, pues residió en Santa Cruz, Patagonia (1896-1900) y en la isla de Dawson, Tierra del Fuego (1901-1906). En esta segunda misión realizó una obra gigantesca, sobre todo en el corte de árboles y en la construcción del tren con carriles de madera, ideado por el genio de Monseñor Fagnano. Luego vino a nuestra Inspectoría, para la cual resultó un regalo de la divina Providencia, pues

Don Benjamín se distinguía por una laboriosidad incansable, sazónada, eso sí, por una piedad profunda y una singular amenidad de trato. Nos quedan sus ejemplos de sólida virtud religiosa justo con sus graciosas anécdotas.

Recordemos siquiera algunas de éstas. Contaba que, hallándose entre los Fueguinos, pensó que le convenía granjearse fama de buen tirador. Les aseguró que donde ponía los ojos incrustaba la bala, y que por de pronto la introduciría en un punto blanco de un árbol que descollaba a la distancia (y en el que previamente había descargado su arma a boca de jarro). Hizo fuego... corrieron los isleños a comprobar el resultado. ¡También había hecho blanco! Desde entonces le miraron con temeroso respeto.

Siendo cobrador del Colegio Pío venía con harta frecuencia a Montevideo.

“Don Benjamín, le dijo una vez uno de los Padres: usted visita casi diariamente la capital, y nunca me trae nada.” “Ghe porteró, respondió él, un indulgenza plenaria in articulo mortis.”

Rodeáronle en cierta ocasión los chicos del Colegio y le preguntaban: “Don Benjamín, ¿usted jugó al fútbol?” “Eh, sí.” “Y ¿en qué cuadro?” “Mi jugaba arriba el plato.” Entendieron los preguntantes que pertenecía al *River Plate*, y le cobraron mayor estima.

Estaba en otra ocasión frente al Colegio Pío. Un pasante le preguntó: “¿Es este buen camino para Melilla?” “Bencamín sun mí”, contestóle él con toda naturalidad.

Estábamos una tarde riendo sus ocurrencias. Retiróse de pronto, y a poco le vimos reaparecer caminando por el corredor. Dados unos pasos, se detuvo, tambaleó, y cayó de largo a largo. Estaba muerto. Era el 15 de junio de 1939, más de dos meses después que *por vez primera* había cumplido los ochenta años.

DON PEDRO MASSON

1870 - 1943

El solía notar esta singular coincidencia: se apellidaba *Massón* y había venido al mundo el 20 de Setiembre de 1870, fecha precisa en que la masonería lograba adueñarse de la Roma papal, por medio de las tropas de Víctor Manuel, incapaz de advertir que, haciéndose instrumento de la secta, cavaba la tumba de su propia dinastía. Todos los nacidos en la Península en aquel día nefasto del triunfo de la revolución anticristiana fueron agraciados por el gobierno italiano con una donación en dinero. La cristianísima familia de Massón la recibió, la duplicó y la remitió a la Santa Sede como contribución al óbolo de San Pedro. El niño, nacido en Padua, cursó sus estudios primarios en Venecia. En 1894, ya de 24 años, fué admitido en el Oratorio de Turín, trabajó de librero y de zapatero, profesó en 1896 en San Benigno Canavés, y al año siguiente llegó a Montevideo para enseñar, por largos años, en los Talleres de Don Bosco, el segundo oficio mencionado. Cumple destacar en este Hermano el tesón y esmero en la formación de sus alumnos, para los cual les escribió unos apreciables apuntes. Y es justicia también encarecer que fué uno de esos religiosos que, encariñados con su vocación, le son fieles hasta la muerte. La cual vino a llamarlo en los Talleres de Don Bosco el 11 de Mayo de 1943, a la edad de 73 años.

DON ALFREDO ANDRADE

1882 - 1943

En 1896 llegó a los Talleres de Don Bosco y se matriculó en la clase de sastrería un adolescente de catorce años, natural del Durazno, y de nombre Alfredo Andrade. Inteligente, aplicado y de óptima conducta,

hizo su aprendizaje completo. Gracias a su preparación profesional y a la científica y literaria que se había empeñado en adquirir, tenía asegurado su porvenir en el mundo. Pero una voz que venía de muy adentro le convidaba a quedarse con Don Bosco. La obedeció con generosa docilidad, y en 1903 comenzó su noviciado en Las Piedras. Vuelto a los Talleres, ejerció con asiduidad su oficio de sastre, y desde el 1922 al 1933 ocupó con eficiencia el puesto de maestro de banda como sucesor del inolvidable Don Felipe Testa. Al mismo tiempo se dedicó con salesiano espíritu y resultado halagueño al apostolado especialmente entre los ex-alumnos, que lo estimaban, le profesaban sincero cariño, y oían con atención y gusto los medulares discursos del buen hijo de Don Bosco. Del 1934 al 1943 fué destinado, en Villa Colón en la Escuela Agrícola del Manga y en la Casa de San Pedro en el Buceo, a desempeñar esos múltiples menesteres y cargos de confianza en que es insustituible un Hermano Coadjutor activo y de buena voluntad. En la última Casa mencionada le cupo en suerte el tercer miembro del trinomio de la promesa de Don Bosco a los suyos: pan, trabajo y paraíso, el 23 de Agosto de 1943, a los 57 de edad.

DON GREGORIO ACOSTA

1881 - 1947

Fué uno de esos Hermanos que, procedentes de familia de labradores, con su amor a la tierra, su experiencia en las faenas del campo, y sobre todo con el ejemplo de su vida cristiana, tanto bien han hecho en nuestras Escuelas Agrícolas. Don Gregorio, nacido en Solís (Departamento de Lavalleja), ya había cumplido los 32 años cuando llegó al Manga. Trabajó algún tiempo en esta Casa, y en 1919 fué destinado al Paraguay, que entonces formaba parte de nuestra Inspectoría. Allí también figuró, por dos veces, en el personal de la Escuela

Agrícola de Ipacarái y desempeñó alguna otra obediencia. Pero sobre todo le cabe la gloria de haber sido el primero de nuestros Coadjutores uruguayos que perteneció a las misiones propiamente dichas, en Napegue y en Puerto Sastre.

Después de 33 años de vida salesiana, y de otra breve estada en su patria (Colegio de Don Bosco, Paysandú, 1934) terminó su carrera mortal en Asunción el 3 de Enero de 1947, a raíz de unos Ejercicios Espirituales, de los que decía: "Nunca me han dejado tan contento los días del retiro anual."

DON ANTONIO MURA

1863 - 1947

He aquí un hombre, que, muerto a los 84 años, después de haber vivido mucho en el mundo, y aun cumplido todo el servicio militar, fué un ejemplar admirable de la santa infancia espiritual.

Allá por el 1891 era en Villa Colón repartidor de panadería y tocaba el tambor en la banda del pueblo.

Un día aquel extraordinario Coadjutor Don Carmelo Barillari, que lo conocía bien, le dijo: "Antonio, ¿qué estás haciendo en el mundo, con peligro de perder tu alma? Ven a ponerla a salvo en la casa religiosa." No fué menester más: Antonio lo dejó todo al punto, y se encaminó a los Talleres de Don Bosco (1896).

Allí, antes y después de su profesión trabaja de herrero, panadero, fideero, y de lo que se tercie, siempre con el rostro iluminado por la sonrisa.

Desde 1936 entre otros cometidos, se le encarga de la campana de la casa.

Jamás ha existido campanero más puntual, escrupuloso hasta del fragmento de segundo; ni admite que haya en todo el orbe terráqueo cronómetro más exacto que su vetusto reloj.

En los últimos años, ya algo más aliviado de sus

ocupaciones, nos entretenía con la pintoresca narración de sus andanzas. Era natural de Cerdeña, del pueblo de Solarussa, en la provincia de Oristano. Explicaba que el nombre del lugar de su nacimiento procedía de una aparición de la Virgen, quien, después de mostrarse a un niño, al retirarse dejó en el sitio un rosal con una *sola rosa*. Nos exponía las aventuras de su vida militar, a cuyo término salió de la isla nativa y se dirigió a Génova con intención de venirse a América. Mientras se disponía a proveerse de los documentos reglamentarios, tropezó con un amigo que le exhortó a prescindir de todo y a embarcarse buenamente en el primer transatlántico que se le deparase. Así lo hizo él, dispuesto a viajar como *llovido* o *polizón*. A bordo le obligaron a trabajar en la panadería, y así sin más percance, arribó a Montevideo.

Tampoco los lances que le acontecieron en su nueva patria tuvieron más cariz de tragedia, sino que, se acomodaron a su natural tranquilo y candoroso.

Como cuando se le sumergió el carricoche en un arroyo y se le ensopó todo el pan. Al presentarse consternado al amo, éste le observó con imperturbable cachaza: "Bueno; ahora lo que corresponde es reponer la mercadería." O como cuando, empleado en el Colegio Pío, al acercarse el 20 de Septiembre le advirtió el P. Prefecto: "¡Cuidado con ir a tocar el tambor en la manifestación anticlerical." Nuestro Antonio, acosado por el maestro y demás músicos de la banda, se vió en el trance de acompañarlos aquel día. A la vuelta, el Prefecto lo llamó a su despacho, le pagó lo que le adeudaba, y le dió orden de no volver. Al cabo de unos años, ya profeso, se encontró con el sacerdote, que había sido trasladado a otro país, y con inocente espontaneidad le dijo: "Ahora soy tan salesiano como Usted: ¡écheme, si puede!"

Es toda una historia encantadoramente infantil la de este óptimo, piadoso e infatigable Hermano, comentarío vivo de aquella palabras del Maestro (Mt. 18,13):

“En verdad os digo que si no os volviereis e hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”.

Le llamó el Señor en los Talleres de Don Bosco el 8 de Abril de 1947.

DON JORGE BONGIOVANNI

1873 - 1948

Cruzó el océano acompañando al P. Ambrosio Turriccia, que regresaba de un viaje a Europa. Venía con la esperanza y el propósito *de hacer la América*. Era excelente carpintero y resultó un elemento de primer orden para nuestras Escuelas Profesionales de la Asunción. Pero al cabo de algún tiempo pensó que le rendiría más trabajar para el cielo que para la tierra. Y se quedó con nosotros. Cerrada la Casa de Artes y Oficios en aquella capital, se pudo contar con la habilidad y operosidad de Bongiovanni para cuanto fuese saliendo al paso. En lo que descolló empero nuestro fervoroso Hermano fué en la recolección de limosnas y contribuciones de parte de los Cooperadores para el sostenimiento de la Casa. En cuanto lograba un momento desocupado se echaba a la calle e iba recorriendo las familias dispuestas a socorrer a los pobres hijos de Don Bosco, quienes heredaron de su Santo Padre la condición de necesitar siempre de todos. Nuestro mendicante con sus modos exquisitos, con la amenidad de sus donaires, con la bondad que traslucía de toda su persona, se captaba las universales simpatías, y era amablemente acogido en todas partes. El Dr. D. Jerónimo Zubizarreta, Ministro de Relaciones del Paraguay me decía en 1928: “Bongiovanni es un psicólogo: pasa por la puerta, se asoma, y si uno, por las preocupaciones u otro motivo, está con cara de pocos amigos, pregunta muy cortésmente por la familia, deja saludos y prosigue su camino, reservando para mejor oportunidad su consabida demanda.” Fué

de veras una providencia para aquella Casa este Hermano, que terminó su carrera mortal y sus correrías por las calles de la Asunción el 2 de Mayo de 1948.

DON SALVADOR MARTINEZ

1880 - 1948

¡Por cuán diversos caminos trae el Señor a los que llama a su casa! Salvador Martínez vió la luz en una familia de Agricultores en el Tala (Departamento de Canelones), el 7 de Setiembre de 1880. A los veintiún años soñó con la paz y felicidad de un nuevo hogar, para el cual pidió la bendición de Dios al pie de los altares. A los quince días era viudo. Entonces sintió en su espíritu algo de lo que San Francisco de Borja cuando ante el ataúd de su emperatriz exclamó: “Yo no serviré a señor que se me pueda morir.” Y hete a nuestro óptimo joven en el noviciado del Manga. En 1906 hace sus votos trienales y en 1910 los perpetuos. Destinado a la Escuela Agrícola, pierde su nombre propio y es el *capataz* por antonomasia nadie lo apellida ya de otra manera. Trasladado a la también Escuela Agrícola de Ipacaraí en el Paraguay, al cabo de nueve años regresa a su antigua morada. Y allí, siempre observante, modesto, laborioso hijo de Don Bosco, cierra los ojos, a los sesenta y ocho años, el 15 de Setiembre de 1948, saboreando la verdad de aquella promesa del Maestro (Lc. 18, 29): “En verdad os digo que ninguno que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por amor del reino de Dios quedará sin recibir mucho más en este siglo y la vida eterna en el venidero.”

DON PABLO MERLIN

1876 - 1949

Don Pablo Merlin vió la luz en Valence au Brae, diócesis de Meaux. Después de haber cursado los estudios elementales en las Escuelas Públicas hasta el ter-

cer grado inclusive, frecuentó las de nuestra Casa de Marsella hasta el 1890. Aprendido el oficio de carpintero, en que tanto llegó a descollar, entró en el noviciado de San Benigno Canavés en Italia, y en 1896 profesó en Valsálice. Vino luego a esta Inspectoría y pasó en ella 53 años, repartidos entre el Paraguay y el Uruguay. En todas partes dejó recuerdo indeleble.

He aquí un episodio que le retrata muy al vivo. En la primera de las dos repúblicas nombradas, un opulento señor, dueño de un obraje, pidió a los superiores que le cediesen por un tiempo a Don Pablo para un importante trabajo de carpintería. Lo ejecutó tan a satisfacción del comitente, que éste le hizo las más tentadoras promesas para inducirlo a quedarse definitivamente con él. "Todo eso demuestra, le respondió el buen Coadjutor, el aprecio que usted me profesa, y que de todas veras le agradezco; pero ¿qué quiere? Yo nunca viviré contento sino con los hijos de Don Bosco." Y se volvió cuanto antes al amparo de la Casa religiosa.

En los últimos años, cuando ya iban mermando las fuerzas que exigía su profesión, desempeñó en diversas Casas varios otros quehaceres; pero siempre con el mismo esmero, con el mismo sentimiento de la propia responsabilidad.

En el período de su postrera enfermedad edificó a los Hermanos, y a las religiosas del hospital en que se atendía, e incluso a la gente de servicio, y aun a los facultativos, por la fortaleza y el espíritu de fe y de piedad que demostró en todo momento. Fué una prolongada y magnífica preparación a la preciosa muerte con que el Señor lo premió el 19 de Setiembre de 1949, cuando ya iba a cumplir 76 años de edad.

DON JUAN SEDRASCHI

1873 - 1952

Fué bautizado en el Salto, su ciudad nativa, pero después ni se le dió instrucción religiosa, ni se le hizo

frecuentar un colegio católico, sino sólo las escuelas laicas del Estado. A eso de los veinte años sintió un enorme vacío en su alma y la necesidad imperiosa de acercarse a Dios.

Dócil a este impulso saludable, adquirió un catecismo, estudió por sí mismo la doctrina, y se preparó a los Sacramentos. Buscó después un sacerdote que completase la obra, y en 1894, a los 21 años, recibió la primera Comunión en la ciudad de San José, donde estaba a la sazón empleado en la Jefatura de Policía. Ya no volvió atrás: se dió a las lecturas piadosas, y un día alboreó en su espíritu la luz de la vocación. Habló con su prometida y le expuso los proyectos que le iban preocupando. La joven, muy virtuosa, lejos de disuadirlo, se alegró y lo animó a seguir la voz de lo alto, mientras ella también resolvía consagrarse a Dios. En efecto, después de unos años murió santamente en el Instituto de María Auxiliadora. Entretanto nuestro Don Juan viajando un día en tren vió a un sacerdote, y se acercó a él para besarle la mano. Era el Padre Gamba, quien tuvo curiosidad de ver un libro que llevaba su compañero de viaje. Resultó ser el *Ejercicio de Perfección* del Venerable Padre Alonso Rodríguez. “¿Usted lee esto?, exclamó nuestro Inspector. Pues entonces véngase con nosotros.” Al cabo de poco, Sedraschi entraba en la Casa de Formación de Las Piedras (17-1-1898). Primero fué dedicado a los estudios, y vistió la sotana. Mas al fin, convencido de no ser aquél su camino, siguió como Coadjutor. Fué por largos años el comisionista de los Talleres de Don Bosco y encargado de recoger las limosnas de los Cooperadores. Lleno de celo, quiso, entre otras cosas, prestar su ayuda al Oratorio Festivo de Santa Rosa, de niñas, y escribió para él algunos dramas, que se representaron con éxito. Era también edificante su preocupación por que estuvieran bien atendidos los confesonarios, y se le veía a menudo recorrer con tal fin la casa en busca de algún sacerdote. En el último período de su vida, ya muy concluído por los años y los achaques, todavía se forja-

ba la ilusión de volver a su actividad y a las correrías de antaño. El Señor se contentó con la buena voluntad, y lo llamó al descanso el 11 de Mayo de 1952, cuando ya había cumplido los 79 años.

DON JOSE WEISS

1872 - 1954

Nació en Milán en el día de María Auxiliadora, 24 de Mayo, de 1872. Cuando, en 1887, ingresó en el Oratorio de Turín, Don Bosco, en sus postrimerías, no salía ya de su aposento, de modo que apenas alcanzó a ver al Santo, amortajado, el 31 de Enero del año siguiente, 1888. Aprendido el oficio de encuadernador y hecho el noviciado salesiano, profesó en San Benigno Canavés en 1892. A continuación, la obediencia le brindó oportunidad de recorrer gran parte del mundo: estuvo en las Casas de Lieja, París, Ciudad del Cabo, Novara, Ravena, Chubut, Montevideo y Villa Colón. De la diversidad de lenguas que habló llegó a formar un idioma sintético que daba mucho interés y colorido a su conversación. Siempre desempeñó su arte propio con singular lucimiento, y notable provecho de sus discípulos, y fué además excelente maestro de música instrumental. Por otra parte, su inteligencia despierta, su espíritu de observación y su experiencia le hacía apto para cualquier tarea, como lo pueden testificar los que presenciaron sus actividades en sus 35 años de Colegio Pío. Uno de sus encargos en aquella Casa fué el de ir al correo, y lo cumplió con exactitud de cronómetro suizo. Cobrador de las pensiones de los niños, por ningún motivo omitió jamás este deber, poco grato por cierto. Y es de notar que nunca hubo forma de inducirlo a tomar un bocado, o siquiera un refresco, fuera de casa, cuando en su recorrido le llegaba o se le pasaba la hora de la refección. El Herma-

no Weiss, mientras no le abandonaron por completo las fuerzas, con el trabajo salesiano se hizo acreedor al pan y al paraíso prometidos por Don Bosco. Descansó con la muerte a los 82 años y medio, el 26 de Noviembre de 1954.

I N D I C E

Págs.

	Págs.
Prólogo	3
Sebastián Bussa	6
Gregorio Rivero	7
Nicolás Solimano	8
Rafael Fiorentino	9
Juan Montiel	9
Otros clérigos	10
Don Carmelo Barillari	10
Alfonso Pereda	12
Don Juan Cruz Epalza	12
Don Juan Demaestri	14
Don Pedro Pastorino	16
Don Juan Bassino	17
Don Valentín Gottardi	18
Don Angel Lauría	19
Don Adolfo Lazzarini	20
Don Ramón Sanjurjo	21
Don Antonio Gussone	22
Don Juan Ricci	24
Don Pascual Fossati	25
Don Santiago Ceva	26
Don Natalio Leonardi	28
Don Juan Bugna	29
Don Domingo Delpiano	30
Don Ventura Salom y Vich	31
Don Felipe Testa	32
Don Carlos Dugnani	33

Don Angel Benove	34
Don Rafael Bigazzi	35
Don Angel Grosso	36
Don Antonio Bruno	37
Don Miguel Rovira	39
Don Silvio Milanese	40
Don Raimundo Garavagno	41
Don Juan Sanguinetti	42
Don Benjamín Motter	43
Don Pedro Masson	45
Don Alfredo Andrade	45
Don Gregorio Acosta	46
Don Antonio Mura.....	47
Don Jorge Bongiovanni	49
Don Salvador Martínez	50
Don Pablo Merlín	50
Don Juan Sedraschi	51
Don José Weiss	53

